

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 63

2 MAYO
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.- ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





PINOCHO Y LOS DEPORTES



CRÓNICAS DE NUESTROS COLABORADORES

El lanzamiento del martillo.

Este lanzamiento es, sin duda alguna, el que requiere más facultades naturales para su buena práctica. Estas son: el peso, la talla y la fuerza. La segunda no es muy necesaria; pero la primera, o sea el peso del concursante, es imprescindible, pues el que no tenga un peso suficiente será arrastrado y tirado al suelo por el instrumento, el cual viene a pesar generalmente siete kilos.

La técnica de este lanzamiento es muy fácil de aprender; pero al llevarla a la práctica se hace muy difícil. La más usual o corriente es la siguiente: el atleta se coloca en el sitio designado, que viene a ser casi una pista de seis metros de longitud; coge el martillo por la empuñadura con las dos manos de modo que los dedos pulgares se crucen; la esfera debe estar entre los dos pies; luego levanta el martillo lo suficiente para que pueda balancear lentamente; una vez hecho esto, separa los talones del suelo, y entonces, con el balanceamiento progresivo, a la vez que ya rotativo del martillo, se dispone a dar la primera vuelta; ésta se verifica sosteniendo el martillo con las dos manos, como se ha tenido desde el principio.

Los pies hacen un papel distinto, pues se ve que mientras la punta del pie izquierdo se apoya en el suelo para servir de eje, el derecho pasa por delante de éste para ir después a apoyarse totalmente en el suelo; es cuando ha ocurrido la media vuelta; después de esto, el pie derecho da un impulso y prosigue su movimiento de rotación hasta colocarse en el punto de partida. La



Modelo de martillo.

Dibujo de Punlly.

segunda y tercera vuelta son iguales, pero en esta última hay variaciones, porque es la vuelta en la cual el lanzador debe mirar la dirección, el impulso y todos aquellos detalles que le faciliten una buena actuación; en la última media vuelta final se le ve que ha ido levantando los brazos, y por consiguiente el martillo, a la altura del pecho; luego el cuerpo se tira atrás, como para no ser

arrastrado por la fuerza con que va el martillo; los miembros inferiores, después de una flexión, se apoyan fuertemente y se ponen rígidos; al final, cuando va a acabar de dar la media vuelta o la vuelta entera, los brazos se contraen hacia el abdomen, y luego, muy rápida y potentemente, los estira y suelta el martillo, el cual va a caer a distancia; revolviéndose entre la tierra y enredándose la cadena, queda el martillo inmóvil y quieto.

PUNLLY.

En Carballo (Coruña).

«Español F. C.», 2;

«Huracán F. C.», 0.

En el campo del Agra jugaron un partido de fútbol el «Español F. C.» y «Huracán F. C.», marcando el «Español» dos tantos.

El segundo tiempo no se pudo ju-



Jugando al «tennis».

Por P. Muñoz.

gar por causa de la lluvia.

MANUEL NEIRA DÍAZ.

A los capitanes de equipos.

Ruego a todos los capitanes de Equipos Pinochistas de Madrid que, a la mayor brevedad posible, me remitan sus nombres y domicilios.

PINOCHO.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



- Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
- Hoy quisiera saber, amigo buho, cuánto tiempo viven los microbios.
- Acabas de hacerme una pregunta muy difícil. El microbio, como todo ser, puede morir por accidente. Bastará un veneno para que desaparezcan unos microbios.
- Pero yo no te pregunto eso, amigo buho. Ya sé que un veneno puede matar a un microbio, a muchos microbios, a una persona inclusive. Pero mi pregunta es otra.
- Dímela, Chonón.
- ¿Cuánto tiempo pueden vivir los microbios?
- Los microbios no mueren.
- ¿Estás seguro?
- Segurísimo. Cuando el microbio llega, por así decirlo, al fin de su vida, no es para morir. Todo lo contrario. Se fragmenta, se divide en dos partes, cada una de las cuales sigue viviendo por sí misma.
- Es curioso.
- Y a su vez, esas dos partes vuelven a dividirse pasado cierto tiempo; por donde verás que los microbios no mueren, sino que continúan reproduciéndose sin perecer.
- Entonces, ¿cuál es la vida más corta en el mundo?
- La de los microbios, sin duda alguna. Estos corresponden a un

grupo especial, denominado *las plantas que se dividen*, porque, como te he dicho, se dividen en dos para formar nuevos microbios.

- ¿Y cuánto tiempo duran?
- Verás. Si consideramos la vida de un microbio desde el momento que nace de la división de otro hasta que vuelve a dividirse en dos, podemos asegurar que la vida del microbio es la más breve existente.
- ¿Cuánto tiempo tardan en dividirse?
- Muy poco. El microbio del cólera, por ejemplo, se divide en dos a los veinte minutos.
- Se multiplicarán con mucha frecuencia, entonces.
- Imagínate. Hay microbios que se convierten en ochenta mil en veinticuatro horas.
- ¡Qué barbaridad!
- Claro que la mayor multiplicación de los microbios depende, desde luego, del lugar donde se hallen y, sobre todo, de la alimentación.
- Ya me lo suponía.
- Si no tienen bastante alimentación; si ésta es insuficiente, los microbios no se multiplican con tanta rapidez.
- Enterado, amigo buho.
- Hasta otro día, Chonón.



LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

El peligro oculto que nos amenaza continuamente, sin que le podamos hacer frente a la luz del día, es seguramente el más terrible. Por muy valeroso que sea un hombre, difícilmente consigue contener sus nervios y su aprensión. El temor a lo desconocido es el más tremendo de los miedos.

Ya habían ganado otros doscientos metros, cuando al mirar a su alrededor descubrió el doctor una profunda excavación que se abría sobre la pared de la izquierda.

Parecía ser la entrada de una caverna, pues el agua salía de allí con bastante violencia por haber comenzado el descenso de la marea.

—¿Estarán escondidos ahí dentro —dijo.

—¿Queréis que entremos? —preguntó Vicente.

—Temo que no hayan seguido más adelante.

—Entremos en esa caverna, doctor. Si esos hombres no se hubieran refugiado en algún sitio, ya los habríamos alcanzado a estas horas.

—Eso me parece también a mí.

Iba a dar orden a los pescadores de virar a babor, cuando le pareció oír un especie de bufido.

—¡Atención, Vicente! —dijo.

—¿Qué habéis visto?

—Me parece haber oído el bufido o la respiración de una persona.

—¿Dónde?

Vicente elevó la lámpara, dirigiendo una rápida ojeada a su alrededor. En aquel momento le pareció ver salir del agua un brazo desnudo que se acercaba a la canoa.

Empuñó su revólver para hacer fuego, pero antes que hubiese podido apretar el dedo sobre el gatillo, creyó oír un ligero crujido por la parte opuesta. Pareció como si un cuchillo hubiese rasgado la tela de la canoa.

—¡Doctor! —gritó.

Le respondió un grito de rabia y de desesperación.

—¿Qué pasa? —dijeron Miguel y Roberto, soltando los remos.

—¡Que nos hundimos! —gritó el doctor—. Los miserables nos han acuchillado la tela de la canoa.

—¡Mil rayos! —gritó Vicente, saltando hacia delante.

La canoa comenzaba a inclinarse sobre babor.

El agua entraba a torrentes por la cortadura, revolviéndose entre las cajas y los barriles y corriendo hacia la popa.

Los tres pescadores removieron rápidamente la carga, para ver si era fácil y posible cerrar la vía de agua, en tanto que el doctor disparaba su revólver en todas direcciones, para mantener a distancia al enemigo, que acaso nadase no muy lejos esperando que diese resultado su proyecto de catástrofe.

—¿Qué ha pasado? —dijo al fin el doctor.

—¡Estamos perdidos, señor Bandi! —dijo Vicente, con voz enronquecida—. Han rasgado la tela de arriba a abajo.

—No perdamos tiempo.

—¿Qué hacemos? —preguntaron los pescadores, que entre las tinieblas parecían haber perdido su calma habitual.

—Hagamos por conservar unidas las cajas y los barriles y refugiémonos cuanto antes en las cavernas. Cuidad de que no se apaguen las linternas.

—¡Miguel, encárgate de la caja de babor, yo cogeré la de estribor!... ¡Esos malditos!... Ya me las pagarán!...

La canoa se iba llenando de agua y se hundía rápidamente, inclinándose cada vez más sobre el costado herido.

—¡Atención a las cajas! —dijo el doctor.

—Ya tengo las cuerdas —dijo Roberto.

—¿Y las linternas?

—También las tenemos.

—¡Pues venga lo que venga!...

En aquel momento la canoa se hundió bajo sus pies, desapareciendo bajo las tenebrosas aguas del túnel. En su lugar quedaron a flote las cajas y los barriles, que chocaban ruidosamente.

Los cuatro desventurados exploradores se pusieron a

nadar con vigor. Vicente y Miguel mantenían en alto las lámparas con la mano izquierda, en tanto que Roberto y el doctor empujaban aquel aglomerado de objetos flotantes hacia la abertura de la caverna.

Afortunadamente la corriente era debilísima, pues apenas había comenzado el refluo, así que pudieron entre todos mantener reunidos aquellos objetos, que para ellos representaban la única salvación.

Como las cajas habían sido construídas a prueba de humedad y estaban cerradas herméticamente, no había el peligro de que se hundieran; lo mismo sucedía con los barriles. Con unos y otros se podría formar después una balsa, con la cual habían de llegar hasta la desembocadura final del túnel, que, según los cálculos del doctor, no debía estar muy lejos.

Prestándose ánimos y ayuda pudieron llegar felizmente a la entrada de la caverna, atravesando aquella parte del canal.

Pero antes de determinarse a entrar en ella se detuvieron presa de viva ansiedad.

Los traidores, que primeramente les habían recibido a tiro limpio y que después les habían privado de su canoa con intención de ahogarlos, podían estar al acecho escondidos en el interior de la caverna y saludar su aparición en ella con una descarga a quemarropa. Aquellos miserables debían estar decididos a todo.

—Sería conveniente apagar las linternas —dijo Vicente—. Si esos bribones nos ven serán capaces de asesinarlos.

—No hagáis tal cosa —exclamó el doctor—. ¿Cómo íbamos a volverlas a encender? Ya hemos gastado todos los fósforos, y la luz representa ahora para nosotros la salvación.

—Engañémosles, al menos.

—¿Cómo?

—Poniendo las linternas sobre las cajas.

—Es igual. ¡Hacedlo!

Los dos pescadores escogieron las dos cajas mayores y colocaron sobre ellas las linternas, en tanto que los otros, procurando mantenerse en la oscuridad, arrastraron los demás objetos hacia una especie de canal abierto en las enormes paredes de la galería.

Hecho todo esto se dieron cuenta de que se encontraban en el interior de una caverna, pero la luz de las lámparas era muy escasa para calcular sus dimensiones a simple vista.

—¿Qué hacemos ahora, doctor? —preguntó Vicente, en voz baja.

—¿No se oye nada?

—Se diría que la caverna está completamente desierta.

—No hay que fiarse. Busquemos por ahora alguna playa o lugar donde poner en seguro nuestras cajas y barriles. De ellos depende nuestra salvación.

—¿Pensáis construir una balsa?

—Sí; creo que nos será fácil hacerla.

—¡Callad! —interrumpió de pronto Miguel.

Los cuatro contuvieron el aliento, prestando toda su atención de que eran capaces sus oídos.

Hacia la parte opuesta de la caverna, o al menos así les parecía, por desconocer su amplitud, se oía el rumor del agua como si alguien la removiese.

—¿Oís, doctor?

—Sí —contestó el señor Bandi.

—Alguien debe estar nadando por aquel lado.

—¿Quizá sea algún tiburón? —preguntó Roberto, con voz trémula.

—No lo creo —dijo Vicente.

—De todos modos apresurémonos para buscar la playa —dijo el doctor.

Nadando lentamente se introdujeron en la caverna, dirigiéndose hacia la derecha, donde les había parecido ver algunos escollos.

(Continuará en el número próximo.)

MAS PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL CONCURSO DE NAVIDAD - REYES



MARÍA DE LAS MERCEDES CASCANTE
Barcelona. Premio 2.º
Una máquina fotográfica.



MARÍA TERESA PARDAL.
Jerez de la Frontera (Cádiz). Premio 33.
Un lote de libros.



aula, no hac
casa, soy bar
y tomaré mi
icó la sord
entada, est
menos de
puso que k
FRANCISCO BURGOS LÓPEZ.
rgos. Premio 87
Un lote de libros.



JOSÉ LUIS LORDA CORTI.,
Pamplona. Premio 29.
Un lote de libros.



BLANQUITA TABOADA.
Orense. Premio 53.
Un lote de libros.



EDUARDO BOLÍVAR IZQUIERDO.
Madrid. Premio 97
Un lote de libros.



MERCEDES REY.
Habana. Premio 76.
Un lote de libros.



JACINTO ARTILES.
Las Palmas. Premio 5.
Un balón de fútbol.



AFRICA DE LA TORRE Y GARCÍA.
Avilés. Premio 60
Un lote de libros.



COLORÍN Y SU PANDILLA



Señor profesor:
Le ruego que no le ponga a Colo-
rin más problemas de esos de co-
rrer kilómetros, porque no tengo
ya edad para resistir esas ca-
rreras a pie, ni dinero para
comprar un reloj cada vez
que corra. Suyo aff:
g. b. l. w.
El papá de Colorín

LA DISPUTA DE LOS SORDOS CUENTO DECALLEJA EN COLORES

Se cuenta —y Dios es el que conoce mejor lo que está oculto y El es quien juzga con mayor razón lo pasado— que había en otro tiempo una vieja tan sorda como una tapia. Llegó un momento en que sus medios de vida vinieron muy a menos, pero aún le quedaba una gallina gorda y hermosa. «¡Por Dios! —se dijo—. La voy a vender y así me quitaré el trabajo que me da».

Era día de mercado. La vieja sorda cogió su gallina y fué andando, andando, hasta que llegó a la puerta de la mezquita. Se detuvo allí, esperando que la gente saliera de la oración del viernes para vender a alguno su hermosa gallina.

En esto llegó un comerciante, montado en su magnífica mula, y al ver a la vieja sentada a la puerta de la mezquita le dijo:

—Anciana, haz el favor de tenerme a la mula mientras voy a hacer la oración. ¡Dios te lo pagará!

El comerciante era también sordo. La vieja no comprendió ni una palabra, pero se imaginó que le hablaba de su gallina y que le decía: «¿Por cuánto me la vendes?» Y le respondió:

—¡Señor! La gallina es gorda y hermosa, y a nadie conviene mejor que a ti; dame por ella lo que buenamente puedas.

El comerciante creyó que la vieja le decía: «Entra, haz tu oración y vuelve a coger tu mula». Y se

apeó, entró a la mezquita para cumplir sus deberes religiosos; la cabalgadura, viéndose libre, se fué por donde quiso. Terminada la oración, salió el comerciante y preguntó por su mula a la vieja, al ver que no estaba allí, diciéndole:

—¿Dónde está la mula, anciana? ¡Dámela!

—¡Señor! —respondió la sorda—. ¿No te lo he dicho? Dame por ella lo que puedas. Esta gallina es muy hermosa, gorda y bien alimentada; no conviene a nadie más que a ti.

—¡Oh, vieja! —replicó el otro—. ¿Dónde has puesto mi mula para que yo me marche a mi casa con ella y te deje en paz, porque tú eres respetable y de buen carácter?

—¡Por tu vida, señor! —dijo la sorda—. No me regatees, porque sería inútil discutir acerca de esta gallina; no puedo dártela en menos de cinco *feluses* (moneda de cobre); no hables más, porque me arrancas el corazón.

El comerciante creyó que la vieja le decía: «He llevado la mula a mi casa y no te la puedo traer». Y le dijo con amabilidad:

—No es preciso que te molestes, ancianita; yo mismo iré a tu casa y cogeré la mula, no hace falta que vengas tú; indícame tu calle y tu casa, soy bastante inteligente, preguntaré hacia dónde caen y tomaré mi cabaldura.

—¡Señor! —replicó la sorda—. La gallina ha estado bien cuidada y bien alimentada, está gorda y hermosa; no puedo, no puedo dártela en menos de cinco *feluses*.

El comerciante supuso que le contestaba: «La mula es muy hermosa y se ve claro que ha sido cuidada con tanto esmero como esta gallina mía». Y le explicó:

—¡Anciana! Mi mula no come más que cebada limpia, cribada y machacada con la piedra del molino; yo mismo me cuido de su pienso; no me fio de que se acerque a ella ninguno de mis criados. Dice el refrán que «el ojo del amo engorda al caballo» y que «todo lo que metes en la olla sale en la cuchara».

—¡Señor! —dijo la vieja—. Me has preguntado por esta gallina y yo te digo que la he criado con todo esmero, es gentil y cariñosa; siempre le doy de comer antes de empezar yo.

—¡Ea, basta ya! —exclamó el comerciante con

impaciencia—. Yo soy conocido; tengo muchos negocios urgentes de qué ocuparme; el día es muy corto para perderlo esperando y el mundo es un lugar de fatigas; levántate y tráeme mi mula para que pueda marcharme a mis asuntos.

—¿Hasta cuándo, buen hombre —contestó la vieja—, te fatigarás y me cansarás a mí en vano? ¿No te he dicho que todo lo que hables es inútil? Dame cinco *feluses*, toma la gallina y que te aproveche.

—¡Nada de chanzas! —dijo irritado el comerciante—. Levántate y tráeme mi mula.

—¡Ni una palabra más! —replicó la vieja con decisión—. No te la llevarás por menos de cinco *feluses*.

—Ya se ve claramente que eres una vieja picara y ladrona. ¡Pronto! ¡Tráeme en seguida mi mula para que me marche sin tardanza!



—¡Señor! —contestó la sorda, de mal humor—. ¿Cómo puedes comer con la avaricia, la tacañería y la miseria que muestras? Si la quieres por cinco *feluses*, tómala, y si no, vete a tus asuntos y librame de tu presencia, por el amor de Dios.

—No disputemos, anciana —replicó el comerciante, conteniéndose a duras penas—, no disputemos. Tú has recibido la mula de mis manos; tengo muchos testigos que declararán en contra tuya; mi bestia vale cien dinares de oro.

—Has de saber —contestó la vieja— que aunque yo estuviera cierta de que tú te morías, si no te comías la gallina, no te la daría por menos de los cinco *feluses*.

—¡Espera un momento, desvergonzada bruja! —gritó furioso el comerciante—. Voy a buscar a un guardia que te llevará ante el juez.

No había acabado de hablar cuando se presentó un guardia.

—Ven aca —le dijo el sordo—; coge a esta vieja y llévala ante el tribunal.

—¡Calma, calma, señor! —contestó el representante de la autoridad—. Acaso logremos que hagáis antes las paces; veamos, veamos cuál ha sido el motivo de vuestra disputa.

El comerciante se expresó en esta forma:

—Yo soy un hombre puntual para hacer las cinco oraciones en el tiempo señalado por la ley; me ha sorprendido la hora de una de ellas cerca de la mezquita, he dejado mi mula a esta vieja, he entrado luego, he hecho mi oración como Dios manda, he salido a buscar mi mula y esta mujer me la niega diciendo que no la ha visto. Este es mi asunto.

—Comprendo lo que dices —contestó el guardia—; pero aguarda que sepamos lo que dice la vieja.

Y dirigiéndose a ella le preguntó:

—¿Qué tienes tú?

—Yo soy una vieja honrada, pobre y sin fortuna; no teniendo ningún recurso para vivir, he visto que no puedo guardar más tiempo esta gallina y he venido a venderla para poder comprar alguna cosa con su precio; se ha presentado este comerciante y ha querido llevársela por nada. Tal es mi historia.

El guardia, que también era sordo, no oía ni comprendía una palabra de todo aquello. Y dirigiéndose al comerciante, le dijo:

—Esta mujer dice que es tu esposa y que tú no le das las cosas a que tiene derecho; que está desnuda del todo, mientras tú vas lujosamente vestido.

—¡Por Dios, hermano! —gritó el comerciante—. Te digo que he puesto la mula en sus manos, y tengo testigos que declararán a mi favor y en contra de ella.

—Mujer —dijo el guardia, dirigiéndose a la vieja—, no está bien lo que haces; cuando tu marido te pide alguna cosa, ¿por qué se la niegas y discutes con él? Esto no es lícito; la mujer debe obedecer a su marido.

—¡Hermano! —replicó la sorda—. No le daré esta gallina por menos de cinco *feluses*. ¿He de sufrir yo la injusticia?

Ahora que por consideración a ti se la daré por cuatro.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó el guardia, llevándose las manos a la cabeza—. Tengo cierta práctica en arreglar los asuntos de las gentes, pero jamás he visto otro tan difícil; cuando lo desembrollo por un lado se embrolla por otro. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Alto, el Grande! Esto no lo puede resolver más que el juez.

Siguieron sin poder entenderse y se presentaron delante del juez.

—¡Pasa, señor! —dijo el guardia al comerciante—. Y expón tu queja.

—¡Señor juez! —dijo él, avanzando—. He entregado mi mula a esta mujer, he entrado en la mezquita a hacer la oración, después de lo cual le reclamo mi cabalgadura y me la niega.

—¿Mujer, qué tienes que contestar? —le preguntó el juez—. ¿Has oído las palabras de tu marido el comerciante?

—Sí, yo no lo dudo —respondió la vieja—. ¿Sabes, señor

juez? ¡Dios alargue tu vida y te premie después de ella en el Paraíso! No esperes de mí regalos ni dinero, porque soy una mujer pobre, misera, anciana. Tú ves mi situación. Yo habíaido a vender esta gallina, a causa de mi estrechez y de mi necesidad, y este comerciante me ha encontrado a la puerta de la mezquita. ¡Hora nefasta! Quiere llevarse esta gallina por menos de su valor. Desde el amanecer hasta ahora está disputando conmigo y yo con él; se ha pegado a mis faldas y no quiere marcharse por temor de que yo se la venda a otro. ¡Que viva nuestro señor el juez! Examina mi asunto con detenimiento: ¿tiene este hombre derecho a llevarse la gallina y a dejarme morir de hambre?

El juez, que también era sordo, dirigiéndose al comerciante, le dijo:

—¡Señor! Entiendo que no llevas razón; el divorcio está sentenciado en contra tuya. Mujer, trae tu contrato para que decidamos la dote que debes recobrar a tu marido.

El guardia exclamó:

—Ved lo que dice el juez: «Tú, comerciante, mereces ser encerrado durante seis años; tú, mujer, esperarás a que él te entregue algo de su casa, o lo aprisionaremos hasta tanto que te haya dado satisfacción».

La vieja, harta ya, tiró despectivamente la gallina sobre el pecho del comerciante, diciendo:

—¡Tómala, y que Dios haga que no te aproveche!

El guardia se adelantó, cogió la gallina y dijo:

—Venga, este es el premio de mis servicios; tú, comerciante, anda y haz las paces con tu esposa.

Los presentes en la sala del juez se echaron a reír de la aventura de los sordos. Se buscó la mula, se vió que pasaba por una calle, se le entregó a su dueño y se hizo una colecta abundante para socorrer a la pobre vieja. Y cada cual se marchó a sus asuntos.

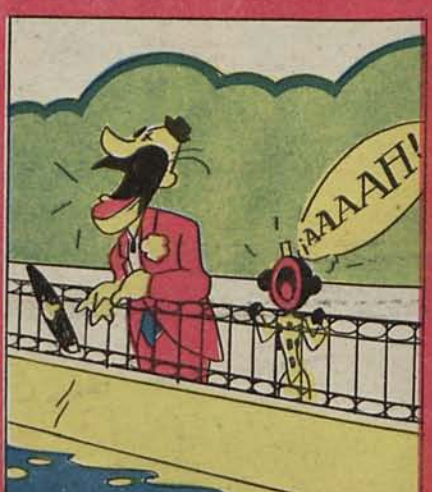
FIN







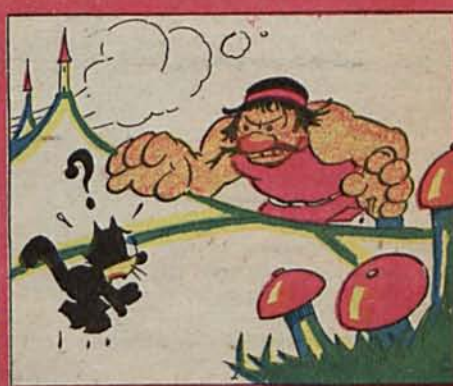
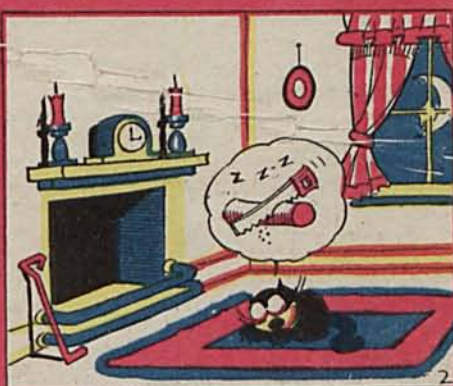
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



RHIO



DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

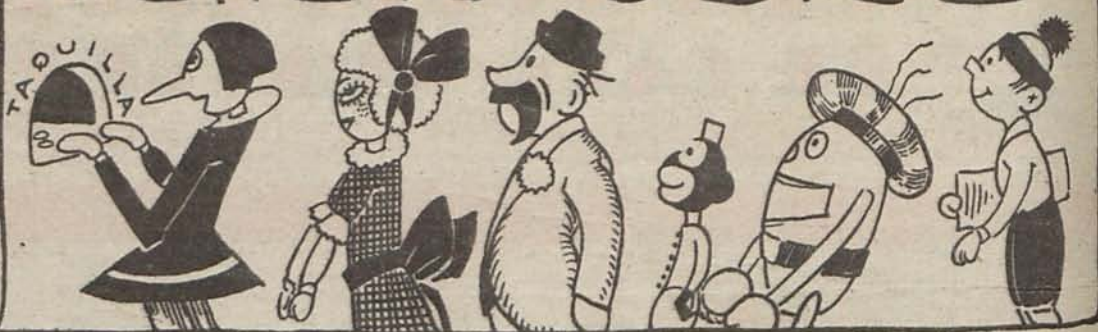


PROGRAMA
PARA HOY

EL ORO HUNDIDO

Sensacional!

GRAN CINE



En busca del tesoro.

El capitán Colin Wood subió al puente para hablar con el oficial Mc. Todd, que terminaba su turno.

—¿Qué tal marchamos, Mc. Todd?

El primer oficial dió vivamente el informe que Colin anotó con todo detalle.

Después anunció:

—Desde aquí iremos hacia el suroeste. El *Hurricane*, ha recibido órdenes de partir para las islas Bahamas.

—¿Una llamada de socorro?

—No, Mc. Todd. El aerograma viene del barco *Almirante*. Parece ser que el *Esmeralda*, un barco del Gobierno británico, ha venido por estas latitudes a localizar y sacar del mar un trasatlántico que se hundió durante la guerra.

—Será el *Solaria* —observó Mc. Todd—. Pero ya han ido en busca de él más de una expedición particular y todas han fracasado.

—Es cierto; no cabe duda que el barco, después de hundido, siguió navegando algún tiempo por debajo del agua y esa es la dificultad para encontrarlo; pero de todos modos el *Esmeralda* lo ha encontrado al fin.

—¿Qué bien! —exclamó Mc. Todd.

—Efectivamente es una noticia muy lisonjera, pues además lo han encontrado en un sitio donde la profundidad no es tanta que impida a los buzos el sumergirse. Ya están trabajando en la obra y esperan sacar en pocas horas el cargamento de oro que llevaba el *Solaria*, si el tiempo se mantiene favorable.

—¡Un tesoro hundido!

—dijo Mc. Todd, sonriendo.

—¡Un tesoro es, verdaderamente!

—asintió el capitán del destroyer—. Porque ese cargamento vale cerca de un millón de libras esterlinas, y como es para quien lo saque es una ventaja que lo haya encontrado el mismo Gobierno, que era a quien pertenecía.

—¡Capitán! ¿Y en calidad de qué vamos nosotros allá?

—Vamos como vigilancia

del barco, porque se sospecha que andan rondando por los alrededores algunos piratas americanos y otros merodeadores del mar.

—Es de esperar que por lo menos estemos ya nosotros en el lugar de la escena, para cuando traten de robarlo —apuntó el teniente Mc. Todd—. Tengo la seguridad de que toda la tripulación se alegraría de tener un poco de jaleo para animar la expedición. ¿Va usted a quedarse ahí en el puente, mi capitán?

—Sí.

El oficial bajó a sus habitaciones para disfrutar de un poco de descanso, que tenía bien merecido.

En tanto, el *Hurricane* siguió deslizándose con gran velocidad a través de las aguas tranquilas, con rumbo hacia donde según las instrucciones de Colin trabajaba el *Esmeralda*, para recuperar el precioso cargamento del *Solaria*. Apenas el destroyer llevaría media hora navegando, cuando el Marconi vino desde la cabina en gran estado de nerviosidad y se dirigió al guardia marina Spring:

—Acabo de recoger un aerograma incompleto del *Esmeralda*, mi teniente. Es un mensaje enviado al azar y dice que el buque acaba de ser atacado por la tripulación, armada, de un barco extranjero, y no dice más porque al llegar a esto el aerograma ha sido interrumpido.

El guardia marina tomó el mensaje de manos del operador, y, dándose cuenta de su importancia, se lo llevó en seguida al capitán, quien lo leyó rápidamente.

—¡Caramba! ¡Esto se pone serio! Me parece que vamos a llegar tarde para socorrer al *Esmeralda*, que se halla en trance apuradísimo. Di al telegrafista que intente, por todos los medios, ponerse en contacto con el *Esmeralda*, y aunque no pueda comunicar con él de primera intención, que siga intentándolo.

El guardia marina fué a cumplir la orden.

Durante una hora, el Marconi intentó, sin resultado alguno, comunicarse con el *Esmeralda*, a pesar de sus repetidas llamadas.

El *Hurricane* corría abriéndose paso por entre las aguas, hasta que la cubierta inferior ya se metía en el agua y el puente iba chorreando de lo que salpicaban las espumeantes olas. Al fin, a las cuatro y unos minutos de la tarde, divisaron la boya que indicaba

el lugar donde yacía hundido el *Solaria*, pero el *Esmeralda* no veía por ninguna parte.

Una caza severa.

El veloz destroyer llegó junto a la boya y dió una vuelta en derredor de ella, sin ver nada que les diera ningún indicio respecto a la suerte que había corrido el buque inglés.

El *Hurricane* continuó sus operaciones exploradoras, describiendo un círculo cada vez más ancho, hasta que el vigia, que iba a proa, distinguió un salvavidas blanco, flotando hacia estribor. Cambiando de rumbo, el *Hurricane* se dirigió hacia él, hasta estar lo suficientemente cerca, para que el capitán pudiera ver el nombre del *Esmeralda*, escrito en uno de sus lados.

El marinero Bob Luck, lo levantó hasta ponerlo a bordo, deteniendo para ello la marcha del barco y se lo entregó al capitán. Sobre uno de los lados del salvavidas, veíase una cosa que parecía una mancha, pero que un más detenido examen, les demostró ser un breve mensaje, escrito con lápiz tinta y medio borrado por el agua del mar.

El mensaje decía: «*Esmeralda* capturado navega con rumbo al Golfo de Y».

—¡El Golfo de Y! —repitió Colin—. ¿Y dónde está el Golfo de Y, Mc. Todd?

—Nunca le he oído nombrar, mi capitán..

Colin Wood fué a consultar los mapas y cartas geográficas sin pérdida de tiempo; pero no encontró en ellas ningún lugar así denominado. Luego estudió detenidamente la costa de cada una de las islas Bahamas, hasta que al fin lanzó una exclamación de inteligencia.

—¡Ya he dado con ello, Mc. Todd! —exclamó señalando a una bahía pequeña que se parecía en la forma a una Y griega mayúscula.

—Tengo la seguridad de que es esto a lo que alude el mensaje Mc., porque esta bahía tiene la misma forma de una Y.

El capitán determinó la posición del golfo, y otra vez el *Hurricane* emprendió la marcha por los mares. A las cinco y media en punto divisaron en el horizonte lejano una mancha de humo, y un poco más tarde apareció la chimenea, lo que les demostró que aquel barco distante navegaba casi en ángulo recto con el *Hurricane*.

Wood dió orden al oficial encargado de las señales para que se pusiera en comunicación con el buque lo antes posible, conservando mientras tanto el *Hurricane* el mismo rumbo. Con los gemelos pegados a los ojos, el capitán observaba cómo el buque iba tomando forma en el horizonte, hasta poder distinguir que la chimenea era roja, con la parte de arriba verde; el palo mayor, corto y grueso, y el casco alto.

—¡Santo cielo! ¡Es el propio *Esmeralda*!

El capitán volvió a dar otra orden al de las señales para que mandara parar al *Esmeralda*...; pero aunque hicieron la señal más de una docena de veces, el *Esmeralda* no dió contestación alguna.

Colin vió claramente la razón de esto cuando aún estaba a dos millas de él. En el *Esmeralda* no se veía alma viviente a bordo; llevaba el puente desierto y navegaba sin dirección de ninguna clase.

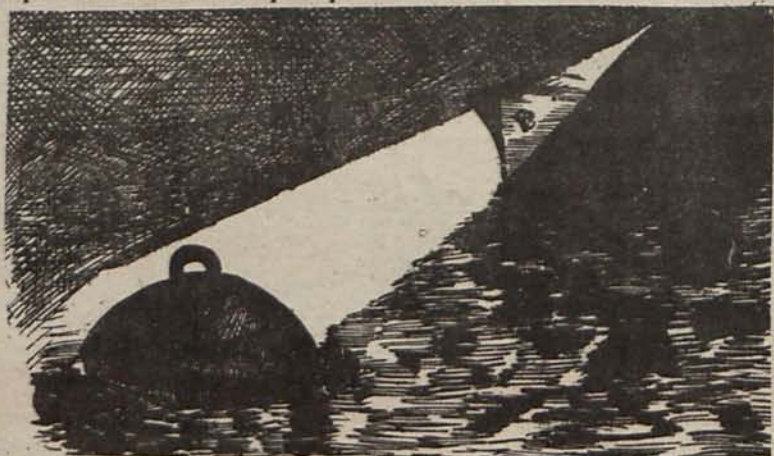
A este asombroso descubrimiento siguió otra revelación alarmante, pues pudo verse claramente que el barco navegaba a toda velocidad con dirección a unos grandes bajos de rocas. A una emoción siguió otra, porque en el acto de apartar Colin los gemelos de los ojos, vió un rayo de luz salir por uno de los tragaluces del *Esmeralda*.

El rayo de luz era producido por el reflejo del sol en un espejo, y transmitía un mensaje en el alfabeto Morse. Tanto el capitán como los encargados de las señales leyeron letra por letra el mensaje que llegaba hasta ellos a través del agua en una serie de reflejos cortos y largos, y que decía:

«Socorro. Estamos todos prisioneros a bordo y el buque navega sin dirección.»

El mensaje era espeluznante porque significaba que, a menos que se hiciera algo atrevido para detener al *Esmeralda*, éste se estrellaría contra las rocas, y su tripulación de hombres indefensos no podrían salvarse.

—¡Detened el barco para bajar al botel! —gritó Colin Wood, y





tomando él mismo la rueda del timón, hizo girar al *Hurricane* en ángulo agudo, esperando que este cambio de rumbo le ayudase a alcanzar al *Esmeralda* antes de que éste fuera a la ruina. Cuando ya estaban a un cuarto de milla del indefenso buque, entregó el timón a Mc. Todd y corrió a donde el bote estaba ya preparado para ser lanzado al agua. A doscientos metros del *Esmeralda*, el *Hurricane* acortó la marcha, y el bote, con Colin, el guardia marina Spring y cuatro marineros, fué echado al agua para continuar aquella caza salvaje. Cuanto más se acercaba el bote al *Esmeralda*, más se acercaba éste a la cadena de escollos; era cuestión de segundos, y mientras el bote corría como el viento, Colin dió órdenes:

—¡Hay que ponerse al costado del buque y saltar a él! ¡Spring, tú te quedarás en el bote con Luck!

—¡A la orden, mi capitán!

El bote llegó a veinte metros del *Esmeralda* y entonces apretó más aún la marcha, hasta ponerse al costado del buque. Cuando ya estuvo a dos metros de él, Colin y dos marineros saltaron al buque, arreglándose para asirse a alguna parte de él. Colin se agarró al borde de uno de los ventanos, que estaba abierto; uno de los marineros se cogió a una cuerda, y el otro se asió a un pedazo de madera. En el momento de saltar ellos, el bote chocó contra el casco del *Esmeralda* y se estropeó. Colin aseguróse bien y, llegando hasta arriba, se cogió a la parte inferior de la barandilla, saltando en seguida a cubierta. Echó a correr hacia el puente y se apoderó del timón, que estaba vuelto forzosamente hacia el Norte para mantener al *Esmeralda* en una ruta extraviada. Cortó con la navaja la cuerda que lo sujetaba, libertándolo cuando la fila de escollos quedaba solamente a doscientos metros delante de él. Con la rueda del timón en otra dirección, conservando aún la misma velocidad, el *Esmeralda* describió un círculo, esquivando los escollos sólo por cuestión de unos metros. Los dos marineros que habían saltado con Colin consiguieron a su vez saltar también sobre cubierta.

—¡Id a la sala de máquinas a denegar el barco! —rugió Colin. El se mantuvo en el timón hasta que los marineros hubieron tenido tiempo a parar las máquinas, y el *Esmeralda* quedó a la deriva sobre las olas.

El golpe final.

Colin se dirigió hacia abajo y buscó la cabina de donde había salido el mensaje. La puerta estaba cerrada con llave; pero Colin, como no quería perder tiempo, gritó a quien quiera que fuera el que estuviera dentro.

—¡Alejaos de la puerta que voy a romper la cerradura! Y poniendo el revólver en el agujero de la llave, apretó el gatillo. La cerradura saltó hecha pedazos y se abrió la puerta.

En el camarote estaba el capitán del *Esmeralda*, y su alegría al ver que venían a libertarlo, fácilmente se puede imaginar.

—¡Qué alegría verle a usted aquí! —exclamó. ¡Empezaba ya a desesperar de poder salvarnos mi tripulación y yo!

—¡Quisiera que me contase usted todo lo que ha sucedido! —capitán — dijo Colin vivamente.

—Y que es una bonita historia por cierto! —respondió Kelly, que así se llamaba el capitán del *Esmeralda*. Esta mañana, después que nuestros buzos habían sacado del agua las cuatro cajas llenas de oro del hundido *Solaria*, llegó un buque junto al costado del nuestro, diciéndonos que era un barco explorador americano que andaba a la caza de los piratas y que el capitán deseaba subir a bordo de éste para ver si nuestros papeles estaban en regla.

—¡Era una treta! —exclamó Colin.

—¡Claro! Vinieron a bordo doce hombres y con los fusiles nos detuvieron; nosotros nos resistimos, y mientras peleábamos con ellos, llegaron dos botes más cargados de piratas y entonces la lucha se hizo encarnizada. Yo quedé derribado en tierra de los primeros, y cuando volví en mí, me encontré con que el barco ya estaba en poder del enemigo. Las cosas se habían puesto muy mal y así, fingiéndome estar todavía sin conocimiento, me las arreglé para mandar un mensaje por medio de un salvavidas, después de haber oído a los piratas cuáles eran sus planes.

—Yo fui quien encontró el salvavidas —dijo Wood—. ¿Y qué pasó con el tesoro?

Yo seguí fingiéndome desmayado y me condujeron a este camarote que cerraron con llave. Entonces con la tripulación del barco pirata a bordo, el *Esmeralda* empezó a navegar con rumbo hacia el sitio que ellos llamaban el Golfo de la Y griega. Por lo que pude oír desde el ventano del camarote, los piratas estaban un poco amedrentados por haberse enterado de que nuestro Mc. Todd había enviado un mensaje al almirante de S. y que por eso se había enviado un barco a salvarnos.

—¿Y dónde abandonaron finalmente el *Esmeralda*?

—Lo llevaron a las profundas aguas, junto a la playa de Black Top Point...

—Que queda a cinco millas al Norte del Golfo de Y —terminó Colin.

—Eso es. Un lugar muy tranquilo, por cierto. Y me figuro que los piratas temían tropezar con algún cañonero americano que quisiera inspeccionarles la carga, pues arrojaron el oro en aquellas aguas poco profundas.

El capitán Kelly concluyó su relato explicando cómo los piratas habían llenado de carbón las calderas; después habían puesto al buque a la mayor velocidad posible, fijando la rueda del timón para que el *Esmeralda* no siguiera una línea recta.

—Esto es todo lo que sé —concluyó el capitán irlandés—. Es decir, se me olvidaba decirle que toda la tripulación, los buzos y un inspector del Gobierno están atados y encerrados también en diferentes partes del barco. De mí no hicieron gran caso creyéndome medio muerto.

Después de oír la historia de Kelly, Colin estaba dispuesto a salvar el oro y si era posible a capturar lo que los piratas hubiesen robado. Tenía la seguridad de que éstos no dejarían mucho tiempo el tesoro en el escondrijo submarino, y como se habían llevado el equipo de los buzos del *Esmeralda* fácilmente sacarían los cajones del agua.

Dejando que el capitán Kelly libertara a la tripulación, Colin corrió a cubierta, encontrándose con que había llegado otro bote del *Hurricane* en el cual venía el guardia marina Spring y el marinero Luck, que habían sido recogidos del agua. Colin volvió al destroyers en aquel bote, y una vez más el *Hurricane* emprendió una carrera contra el tiempo. Ya muy entrada la noche, las luces del *Hurricane* iluminaron la solitaria extensión de tierra en las proximidades de Black Top Point.

Los focos alumbraban la escarpada pendiente rocosa que se elevaba a espaldas de la playa, dejando ver también unas figuras que se movían lentamente por el escarpado arriba; serían una docena de hombres, cuatro de los cuales se esforzaban por mover unas cajas muy pesadas.

—Esos pollos se nos han adelantado, mi capitán —observó Mc. Todd, dándose cuenta de que eran los piratas.

—Pero nosotros nos vamos a apresurar a ir detrás de ellos, si conseguimos llegar a tierra antes de que ellos ganen la cumbre

—replicó Colin frunciendo el ceño—. Los focos nos han delatado y no conviene darles ocasión a que se escondan por detrás de esas cumbres.

Mientras el *Hurricane* continuaba a toda marcha hacia la isla, Colin ordenó que se preparasen tripulaciones para dos botes de los mayores, que fueron echados al agua al parar el *Hurricane* a trescientos metros de la costa. Impulsados por los remos de los valientes marineros, los botes hicieron la travesía rápidamente, y así cuando Colin y sus hombres desembarcaron, todavía esta-

ban los piratas a dos tercios de su camino hacia la cumbre.

El capitán emprendió el camino hacia la colina rocosa, que estaba sembrada, de arriba a abajo, con montones de peñas, y los lobos de mar seguían la pista de los piratas. Pero el enemigo les asestó un golpe de sorpresa, porque de entre los peñones que había a unos cien metros de la cumbre salió una descarga que hirió a cinco de los marineros de Colin.

Este ordenó que se retirasen todos, orden que sorprendió a los marineros, que sabían que el lema de su capitán era: «Pelead y no huyáis».

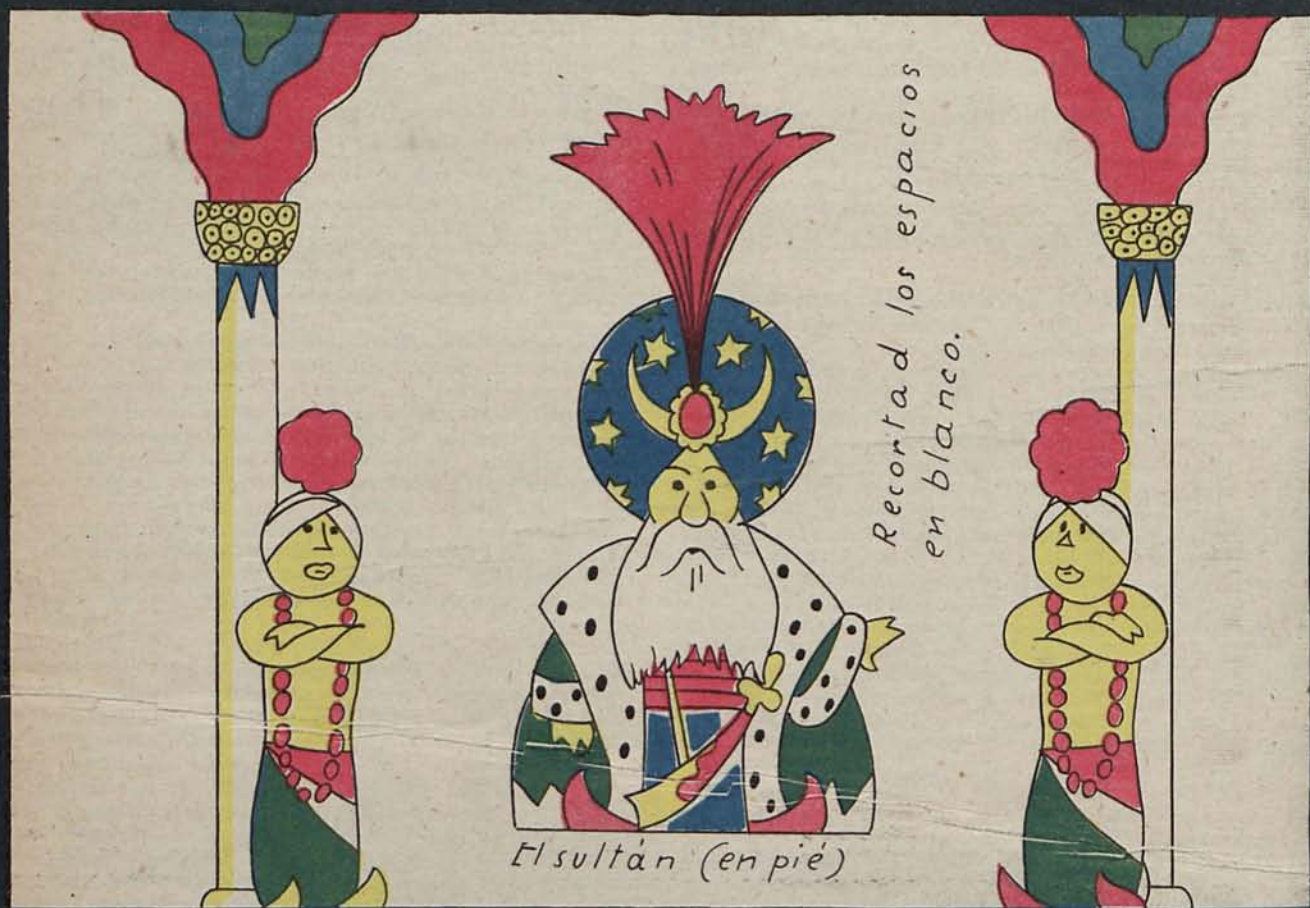
—Recoged los heridos y retiraos —volvió a ordenar—. No quiero que se sacrifique ni un hombre más a estos piratas mestizos.

Obedeciendo sus instrucciones, los marineros empezaron a descender la cumbre, y mientras que Colin, poniéndose en la luz del reflector, hacía una señal al *Hurricane*. Siguió una pausa, y cuando los marineros hubieron llegado al fondo de la pendiente, los cañones delanteros del destroyers dispararon, enviando una metralla arrolladora hacia tierra.

La descarga cayó entre los peñones en la misma cresta de la colina, produciendo el efecto que Colin esperaba; es decir, haciendo a los peñones caer, arrollando por la falda de la colina en una avalancha que iba creciendo en fuerza y en peso. Los piratas, que estaban escondidos por la montaña, salieron corriendo de su escondrijo, huyendo por la montaña abajo, para evitar la masa de piedras que se le venía encima con impetu arrollador. Los otros miembros de la cuadrilla, que estaban más abajo, dejaron las cajas con el oro y huyeron también, tropezando, cayendo y rodando con las piedras, silbando detrás de ellos; y poco después llegaban a refugiarse a la playa veinticinco hombres heridos, magullados y sin aliento. Allí se dejaron caer en el suelo, incapaces de continuar la acción. Todos ellos fueron arrestados, y cuando cesó la avalancha de piedras subieron por la colina ocho marineros del *Hurricane* a recuperar los cofres del oro que, debido a su peso, sólo habían sido arrastrados una corta distancia.

Después de tener a bordo a los prisioneros y los cofres del oro, el *Hurricane* tomó rumbo al Golfo de Y, donde estaba anclado el barco pirata, que aparentaba ser un buque inofensivo de carga. A bordo de él hallábanse otros veinticinco hombres; pero los del *Hurricane* se apoderaron de todos, haciendo así completa la hazaña.

¡¡HA TERMINADO!!



EL TEATRO DE PINOCHO

LA ROSA MARINA DE LA PRINCESA DE LA CHINA

(CUENTO ORIENTAL EN CUADROS)

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

«EL HORÓSCOPO»

La escena representa una estancia del palacio de Zein el Muluk, sultán de Scharistán, el cual aparece sentado en su trono y rodeado de su corte. Al levantarse el telón, entra en escena el Visir.

EL VISIR. Tus astrólogos y tus adivinos, a los que has mandado venir, piden la venia para entrar, joh, poderoso Señor!

EL REY. Que pasen mis astrólogos y mis adivinos. *(Entra Salah Al-Dinar, el sabio astrólogo, acompañado de otros varios.)*

ASTRÓLOGOS Y ADIVINOS. ¡Que Alá te guarde, oh rey del tiempo!

EL REY. Os he llamado para consultaros sobre el porvenir de mi tercer hijo. Otros dos tengo, dotados de excelentes cualidades, pero éste, el menor de todos, con la alegría de sus pocos años, con el brillo de sus miradas, con la claridad de su inteligencia y la nobleza de su corazón, viene a disipar las tinieblas de mi vejez. Deseo saber si habéis hecho el horóscopo de este hijo mío y lo que dicen de su sino las estrellas, hijas del cielo.

SALAH AL-DINAR, EL ASTRÓLOGO. Hemos consultado, joh, poderoso Señor!, a las estrellas del cielo y a las arenas del desierto. Hemos trazado las fórmulas de la cábala y de la astrología y...

EL REY. ¿Qué?

SALAH. Temo decir a tu corazón, joh, rey de los creyentes!, que su sino no es tan feliz como todo tu reino hubiera deseado.

EL REY. ¿Cuál es su sino? ¡Hablad!

SALAH. La suerte del príncipe Nurgihán, vuestro hijo, es fausta, y su estrella le asegura una dicha infinita...

EL REY. ¡Entonces!...

SALAH. Pero también está escrito en su destino que si tú, su padre, llegas a mirarle en la época de su adolescencia, perderás al punto la vista.

EL REY. ¿Tal dicen las estrellas? ¡Oh, suerte aciaga! Pronto, tú, mi visir.

EL VISIR. Señor...

EL REY. Es necesario, aunque el corazón haya de partirse en dos mitades, que mi hijo amado, el príncipe Nurgihán, abandone hoy mismo mi palacio y la capital del reino. La fatalidad me niega la dicha de poderle ver en muchos años. Que él y su madre vayan, desde hoy, a habitar en alguno de mis palacios, en el más lejano de mi corte, dentro de mis dominios, pero donde jamás pueda yo encontrarle...

EL VISIR. Serás al punto obedecido, joh rey!

EL REY. Ahora, retiraos. Quiero estar solo. Temo que, después de esta noticia, no ha de haber ya para mí alegría en la tierra.

TELÓN

FIN DEL PRIMER CUADRO

□ □

CUADRO SEGUNDO

«EL PRÍNCIPE NURGIHÁN»

La escena representa un patio del palacio donde, desde hace quince años viven el príncipe Nurgihán y su madre, la reina Aixa.

NURGIHÁN. ¿Por qué no has de dejarme, madre, salir a caballo por los bosques que rodean este palacio?

AIXA, LA REINA. Bien sabes, hijo mío, que no es posible que te conceda lo que me pides, porque me está prohibido concedértelo. Cuando naciste, los astrólogos leyeron tu sino al rey, tu padre, y en él se dice que si el rey te ve antes de que tú cumplas los veinte años, cegará sin remedio. Por este motivo, el rey mandó que tú y yo viviéramos en este palacio tan alejado de la capital de nuestro reino, para que nunca pueda encontrarte en su camino.

NURGIH. Pero ¿qué peligro hay en que yo salga a pasear por estos bosques, si el rey no ha de venir nunca a este rincón de su reino?

AIXA. Cuando joven, tu padre venía de caza a estos lugares.

NURGIH. Pero ya está viejo... No ha de venir. Si me dejas que salga, te prometo estar de vuelta antes que caiga el sol.

AIXA. ¡Si yo pudiera acceder a tu súplica! Pero pesa sobre nosotros una orden inviolable...

NURGIH. No he de llegar a poblado alguno, no ha de verme ningún ser viviente. Sólo pasearé por estos bosques solitarios. Déjame ir, madre.

AIXA. ¡Hijo, no es posible! ¡Compréndelo!

NURGIH. ¿Qué peligro hay? Montaré en mi corcel blanco, ágil como el viento. Volveré pronto... ¡Déjame ir!

AIXA. Te dejaría, pero... Me asaltan todos los temores.

NURGIH. Es un vano temor. Mi padre no ha de verme. Yo soy el primero en no desear que pierda la vista, ya que sobre mí pesa tan negro destino de hacer cegar a una persona amada. Y si el rey me ha enviado a este lugar lejano, será porque él no ha de venir jamás aquí.

AIXA. La orden es que no salgas fuera de estos jardines.

NURGIH. El bosque no está lejos... Estaré de vuelta antes de que el sol se oculte detrás de las montañas que cierran mi horizonte. Madre, déjame ir... ¡Una sola vez!

AIXA. Bien, sea por una vez. Sal, pero vuelve pronto.

NURGIH. No han de caer sobre mis hombros, en el camino, las primeras tinieblas de la noche. *(Sale.)*

AIXA. ¡Que Alá poderoso te guíe! *(Suenan, a lo lejos, unas trompas de caza.)* ¿Qué música es esa? ¿Qué gente se acerca? ¡Dalal! ¡Dalal!

(Entra Dalal, una esclava.)

DALAL. ¿Qué quieres, señora?

AIXA. ¿Quién se acerca? ¿De quién son esas trompas que se oyen a lo lejos?

DALAL. Es nuestro rey, señora. El poderoso Zein El-Muluk que está de caza en estos bosques.

AIXA. ¡Oh! Corre a prevenir al príncipe Nurgihán para que detenga su salida... ¡Qué imprudencia la mía!

DALAL. El príncipe Nurgihán salió, hace unos instantes, volando al galope de su caballo blanco...

(Suenan, más cercanas, las trompas de caza.)

AIXA. ¡Jamás puede borrarse lo que está escrito por el destino!

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO CUADRO

□ □

CUADRO TERCERO

«EL EXTRAÑO REMEDIO»

Un salón del palacio de Zein El-Muluk. En escena el Visir y el príncipe Nurgihán, que llega.

NURGIHÁN. ¡Alá te guarde, Visir!

EL VISIR. ¿Qué nueva imprudencia es esta, mi amado príncipe? ¿No te dije que permanecieras oculto en tu posada, donde yo te enviaría todas las noticias?

NURGIH. No puedo esperar. Estoy impaciente por saber cómo se halla el rey, mi padre. ¿Han venido los médicos eminentes que se mandaron llamar? ¿Qué han dicho?

EL VISIR. Nada aún. En este momento están reconociendo al rey. Yo te avisaré todo cuanto suceda. Pero, ahora, márchate del palacio. Pueden verte...

NURGIH. Nadie me conoce. Durante quince años he estado fuera de la corte... Además, mis vestidos no hacen pensar en que yo sea un príncipe de sangre, sino un pobre mercader...

EL VISIR. Sin embargo, tus hermanos, los príncipes Sett El-Azab y Ezz Al-Din, te buscan para castigar tu imprudencia, causa de la ceguera del rey. Marcha ahora mismo.

NURGIH. Espera, los médicos salen de la cámara real. Quiero oír lo que dicen.

EL VISIR. ¡Huy! Tus hermanos se acercan también.

NURGIH. Me ocultaré aquí. *(Se oculta.)*

(Entran Ibn-Sina, el médico, acompañado de los príncipes Sett El-Arab y Ezz Al-Din.)

EL VISIR. ¿Cómo encontráis a nuestro señor, sabio Ibn-Sina?

IBN-SINA. Mal. Su ceguera no es curable por los procedimientos ordinarios. Ya hemos dicho que el único remedio que le queda para recobrar la vista es tan difícil de obtenerse, que resulta preferible no pensar en él siquiera. Se trata de la rosa marina, cultivada por la princesa de la China.

SETT EL-ARAB. ¿Qué princesa es esa?

IBN-SINA. En el lejano interior del país de la China, habita una princesa, hija del rey Firuz. Su jardín conserva la única planta de esta rosa marina, cuya virtud cura los ojos y devuelve la vista, incluso a los ciegos de nacimiento.

EZZ AL-DIN. ¿Es difícil conseguirla?

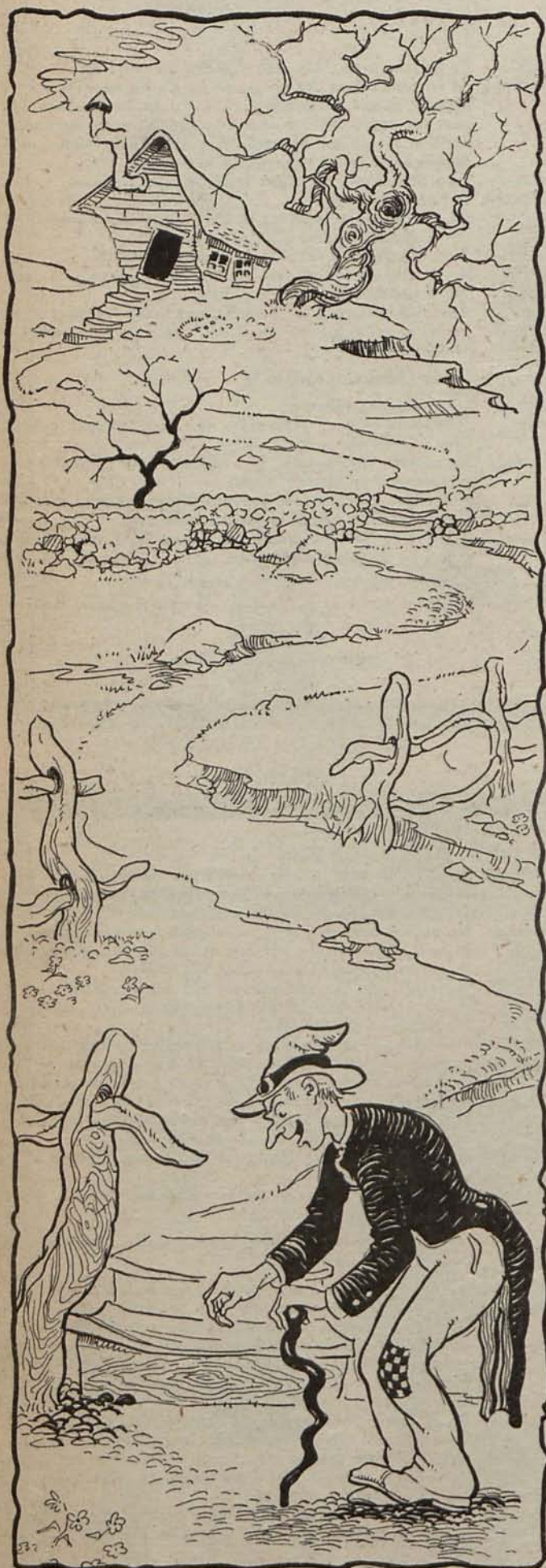
IBN-SINA. Sumamente difícil. Casi imposible lo supongo, y así se lo he manifestado al rey, con todo el sentimiento de mi corazón.

S. EL-A. Ya el rey ha dado orden de que los pregoneros proclamen en todo el reino, que al que traiga la rosa marina tendrá en recompensa la mitad de su Imperio. Yo parto hoy mismo en busca de esa flor tan preciada. De este modo, la mitad del Imperio será mía.

(Continuará en el número próximo.)

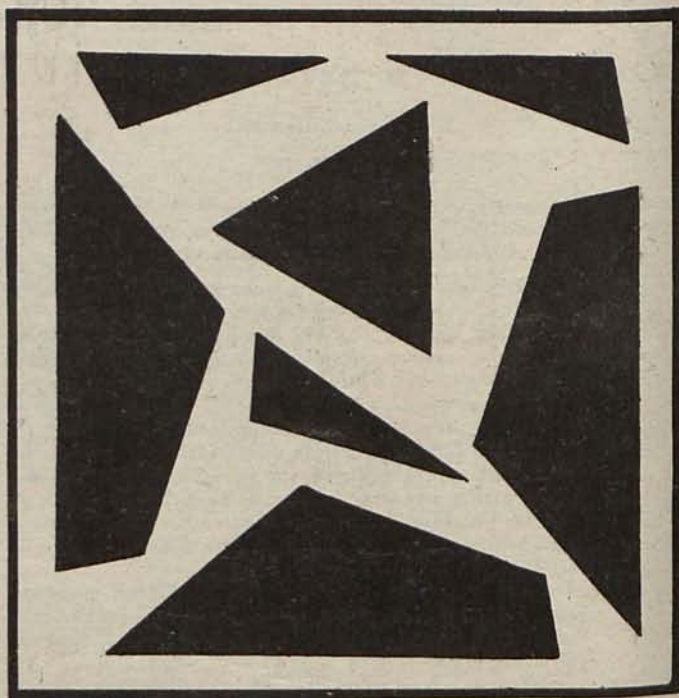
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

EL VIEJECITO Y LA MONEDA



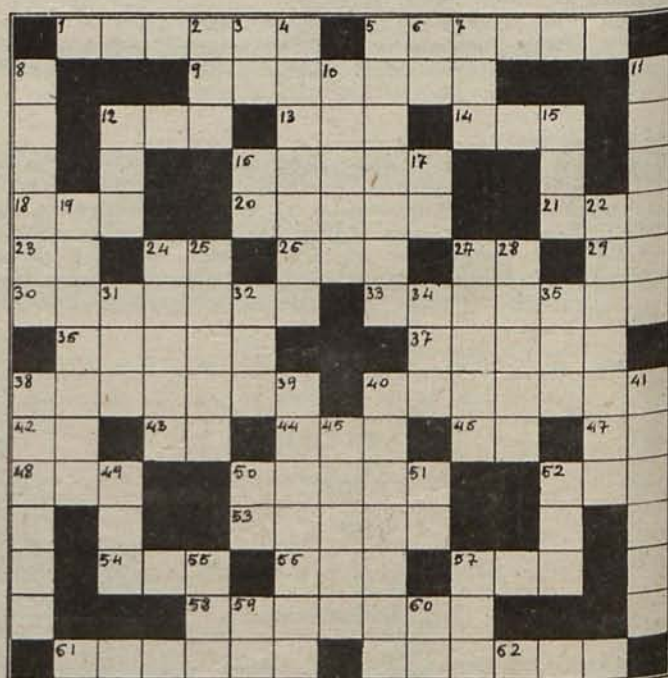
Este viejecito que aquí veis, se ha encontrado una moneda, y está loco de alegría, pues la va a emplear en comprar polvos para matar a los ratones. Antes tenía un gato, que era el encargado de limpiar la casa de estos animalitos; pero un día echó a correr detrás de un ratón y aún no ha vuelto. ¿Sabréis vosotros encontrar al ratón y al gato?

EL TRIÁNGULO



Con estas piezas tenéis que formar un triángulo equilátero: o sea un triángulo que tenga sus tres lados iguales.

PALABRAS CRUZADAS



INDICACIONES

HORIZONTALES

1. Indica el alojamiento.—5. Dar hospitalidad.—9. Cada siete días.—12. Letra.—13. Pronombre.—14. Letra.—16. Conjunto de partículas pétreas.—18. Letra.—20. Humor del cuerpo animal.—21. Nombre de mujer.—23. Pronombre.—24. Contracción.—26. Personaje mitológico.—27. Nota musical.—29. Arbol africano.—30. Planta leguminosa.—33. Nombre de varón.—36. Español.—37. Flor.—38. Tiene icor.—40. Recogido.—42. Regala.—43. Pronombre.—44. Artículo en plural.—46. Voz grosera.—47. Exclamación.—48. Unidad.—50. Para abreviar.—52. En poesía.—53. Recuerda.—54. Lanza.—56. Cristiana.—57. Pronombre.—58. Posada.—61. Gigante.—62. Atrevidos.

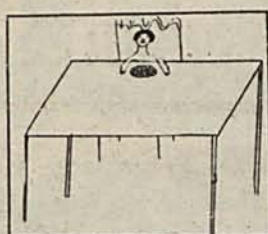
VERTICALES

2. Letra.—3. Idem.—4. Parte del mundo.—5. Sin nombre.—6. Nota musical.—7. Exclamación.—8. Especie de pala.—10. Cógela.—11. Cria de cierto carnívoro salvaje.—12. Letra.—15. Idem.—16. Prefijo.—17. Naípe.—19. Color de algunos caballos.—22. Presunción, orgullo.—24. Metal.—25. Plural de ave.—27. Habilidad y gracia.—28. Atonto.—31. Pueblo de Orense.—32. Idem de Zaragoza.—34. Especie de bigorneta.—35. Flanco.—39. Sitio donde se coloca la aceituna.—40. Apretado.—41. Pueblo de Almaria.—45. Idem de Málaga.—49. Nombre de mujer.—50. Letra.—51. En la.—52. Bestia.—55. Contra, desde.—59. En aviación.—60. Pronombre.

COLABORACION PINOCHISTA



Piluca.
JUANA LUISA CARO.
Trece años. Tortosa.



Yo, en la mesa.
MILAGROS VALENZUELA.
Diez años. Buenos Aires.



Uno de pueblo.
JOSÉ L. HERRERO.
Trece años. Santander.



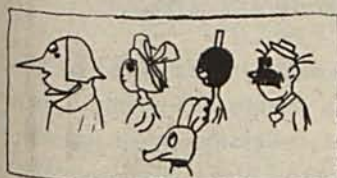
Un caballo.
RAMONA HERASO Y GOÑY
Trece años. Cuenca.



Sargento panzudo.
JOSÉ LUIS VARRA DE REY.
Ocho años. Madrid.



Boxeando.
FEDERICO B. TANEGA.
Diez años. Buenos Aires.



Mis mejores amigos.
MARÍA CRISTINA BLANCO.
Trece años.



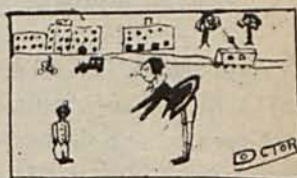
Currinche, futbolista.
GUILLERMO PINILLOS.—Ocho años. Cádiz.



¿Y por qué no llevas un relojito de pulsera, que es más cómodo?
V. COSIO.
Diez y seis años. Laredo.



Pilarín.
M.ª CRISTINA BLANCO.
Trece años.



Dos amigos.
ANTONIO VILLALBA MARÍN.
Catorce años. Andújar.



Confitero.
LUISA PERALTA.—Once años. Madrid.



Currinche.
MARTÍN ECHEVARRI.—Doce años. Méjico.



Del circo.
LUIS FÉRRIZ.
Once años. Madrid.



—Mira qué retrato se ha hecho mi marido.
—¿Está fuera?
—No, está dentro.
FUENCISLA HERRERO.
Doce años. Santander.



Don Cuadrado.
NICOLÁS RODRÍGUEZ.—Once años. Huelva.



Casa andaluza.
MARIBEL ARIJA.
Diez años. San Sebastián.



En el circo.
WENCESLAO KURI.
Diez años.



Pierrot.
CARMEN GARCÍA ALONSO.
Molledo.



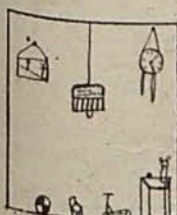
Un Studebaker.
VICENTE CASTILLA.
Catorce años. Madrid.



Chapete.
F. COMPTÉ.—Nueve años. Tarragona.



Pilar.
MARÍA LUISA REYES.
Ocho años. Sevilla.



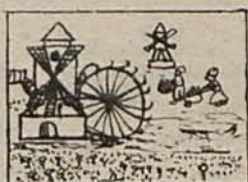
Cuarto de jugar.
LOLITA FREIRE.—Doce años. Zaragoza.



Un garrochista.
M. ARRADY.
Ocho años.



Maja.
ASUNCIÓN ARAGÓN.—Trece años. Larache.



Holanda.
MIGUEL MAHÓN GUERRERO.
Once años. Madrid.



El vencedor.
ANTONIO M. VEGA.
Once años. San Sebastián.



Semblante alegre.
JOSÉ CERÓN.
Trece años. Algeciras.



De Ali-Babá.
ANTONIO VEGA DE SEOANE.
Once años. San Sebastián.



Chapete.
ROSARIO MORETÓN.—Trece años.



Iglesia.
CONCHA ARAGÓN.
Nueve años. Madrid.



En la playa.
ELOISA ARAGÓN.
Nueve años. Madrid.



Futbolista.
FRANCISCO LÓPEZ.—Doce años. Madrid.



Gitanilla.
L. RODRÍGUEZ.
Catorce años. Sevilla.



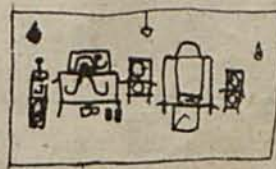
Amazona.
CRISTÓBAL MENÉNDEZ.
Doce años. Gijón.



Casas bolgadas.
ALFONSO CABAÑAS.
Trece años. Cuenca.



En Africa.
JOSÉ MACA.



Mi cuarto.
MARÍ LOLA RUANO.
Siete años. Santander.



Huevero.
RAFAEL BRAVO.
Nueve años. Valladolid.

LOS REGALOS DE MAYO

Sorteados entre los suscritores de PINOCHO los regalos del mes de mayo, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero efectivo, a D. Francisco Murillo, Barcelona.**
Segundo premio. 15 pesetas en libros, a la Srta. Mercedes Rey, Habana (Cuba).
Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a la Srta. Rosa Oñate Prendergast, Sarriá.
Cuarto premio. . . 5 pesetas en libros, a D. Recaredo y María Garay, Madrid.
Quinto premio. . . 3 pesetas en libros, a D. Francisco Gil de Sola, Barcelona.

Estos mismos regalos se sortearán todos los meses entre nuestros suscritores.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447-Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del Pinochista premiado e incluso un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

SUSCRICIONES A PINOCHO "CERTIFICADAS"

A partir del 1.º de abril de 1926 admitimos suscripciones por un año a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número semanal certificado, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción por año certificada es:

23 PESETAS

Los actuales suscritores que deseen recibir desde ahora certificada la revista, deben abonar un nuevo año de suscripción al precio indicado, y mediante ese abono les serviremos no sólo toda la suscripción nueva, certificada, sino certificados también, y *sin pagar nada por ello*, los números restantes de la suscripción anterior.

Los que hayan renovado su suscripción por un año después del 1.º de enero de 1926, podrán recibir su suscripción certificada, sin necesidad de abonar otro año de suscripción, sólo con abonar **dos pesetas cincuenta céntimos** para dicho fin.

CORRESPONDENCIA

Antonio Ramírez Santiago.—Cuando veas tus dibujos—ya debe faltar poco, dos números a lo sumo—en PINOCHO, te convencerás de la seriedad de mis palabras. Ya ves: por no retrasar más los trabajos acumulados, he dejado de publicar el cupón en estos días. Es, será un bien para todos los Pinochistas.

Duda, desconfía de Chapete, el muñeco perverso, pero no de Pinocho, el héroe de los muñecos.

Angelita Olmedo Almirall.—Tu problema es una obra de arte. Un cuadro, una maravilla. No los pintaban mejores, a tu edad, el Greco, Velázquez o Murillo. Eres una gran artista, mi querida Angelita. Ya puedes suponer si lo eres, cuando voy a publicar tu problema, no como problema (ello me es imposible), sino como dibujo, como un buen dibujo.

Pedro Garrido.—[Tinta negra! No consigo normalizar la memoria de mis queridos Pinochistas. Es una pena.

Punlly.—Mi querido cronista: Tengo deseos de escribirte, verdaderos deseos de escribirte. Quiero felicitarte por la hermosísima labor, ya bastante extensa, que vienes realizando en PINOCHO. Está estupendo todo cuanto me mandas. Ahora bien: debo recomendarte que los dibujos, las ilustraciones de tus crónicas, debes remitírmelos más grandes y en papel aparte. La de hoy, la del martillo, por ser muy pequeño el dibujo, me ha costado mucho trabajo ajustarlo. Procura amplitud y claridad como dibujante. Un abrazo de Currinche, Don Turulato, Potipán, Cañamón, Morronguis, etcétera, etc.

Amalia Salcedo.—Muy bien el cuento. Se publicará.

Juan Mirat Santos.—Como no me envías cupón, no puedo publicar tu dibujo.

Esteban Domínguez Vila.—El hecho de que no publiquemos cupones durante estos días, no quiere decir, como has pensado, que puedan remitirse trabajos sin cupón. Nada de eso. Se trata de un ligero compás de espera, a fin de descongestionar las arcas de Pirula y Morronguis, llenas hasta el techo, de cuentos, chistes, dibujos e historietas. ¿Comprendes? Así que hayamos salido de tantos trabajos como tenemos acumulados, pondremos en PINOCHO el acostumbrado cupón. Es la mejor medida, según creo.

María López Heredia.—Es tu cuento demasiado largo, Mariquita. Remíteme otra cosa, conforme se reanuden los cupones.

Antonio Garrido Hurtado.—Tú me perdonarás si no publico tu ejemplar novela. Es muy larga, inabarcable, algo que no se concluye nunca. Una cuartilla a lo sumo, ¿sabes? Y además, querido Antonio, no olvides el cupón.

María de Pilar Benito.—He recibido tu admirable cuento, el cual me ha entusiasmado verdaderamente. Lo publicaré, conforme le llegue su turno, en las páginas de mi revista.

Recibe un abrazo de Anita y Pirula—siempre me preguntan por ti—, y otros muchos abrazos de Potipán, Cañamón, Currinche, Don Turulato, etc.

Elena Gómez Carrillo.—Para dibujar en PINOCHO bastará con que me remitas un buen dibujo—como tuyo—, a tinta negra, acompañado de un cupón de colaboración. Y nada más. Yo espero de ti grandes, enormes obras, a juzgar por el talento que demuestras en tu simpatísima carta.

Anita y Pirula me encargan para ti sus recuerdos.

Eusebio Blasco.—No puedo publicar tu dibujo por el hecho de venir a lápiz.

Angel Miguel.—Tu buen dibujo, como bueno que es, se publicará. Ahora que ha de esperar mucho, pues tengo una gran cantidad de trabajos acumulados. ¿Conformes?

Antonio Galcés García.—Querido Antonio: Puedes remitirme crónicas y dibujos deportivos. Yo, por mi parte, encantado.

Victor Brugada.—Admitido.

Alfredo Baras.—No por miedo a la amable amenaza de tu carta; por afecto a ti y por admiración a tu obra, procuraré que este «Hispano» de ochenta mil caballos no se extravíe. Di tus saludos—claro que cariñosamente— a Currinche y Don Turulato, y éstos se alegraron profundamente.

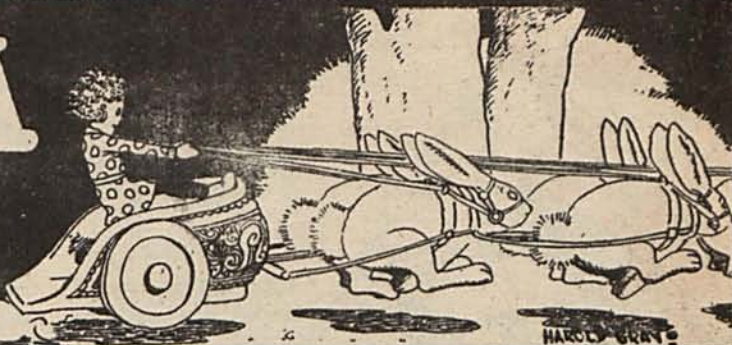
Pedro Muñoz.—Los dibujos que me remites para la sección de Deportes los verás muy pronto, si no los has visto ya, en las páginas de PINOCHO. Me han gustado mucho tus obras, y espero que no será esta la última vez que recibas cosas tuyas.

Recuerdos de Pirula, Currinche, Potipán, etc., etc.

A mis colaboradores.

Como ya dije en un número reciente, tenemos amontonada una cantidad muy grande de dibujos y otros originales de COLABORACIÓN PINOCHISTA. En vista de lo cual y de las quejas que recibo porque tardan en publicarse vuestros cuentos, dibujos, etc., he tomado la determinación de **no admitir hasta nuevo aviso ningún original de colaboración. Cuando haya publicado todo lo atrasado volveré a insertar el cupón de COLABORACIÓN PINOCHISTA, con lo cual quedaréis notificados de que se reanuda la admisión de trabajos de colaboración.**

ANITA BUEN-CORAZON



MIRA PELUCHO, QUE HUEVOS DE COLORES MAS BONITOS



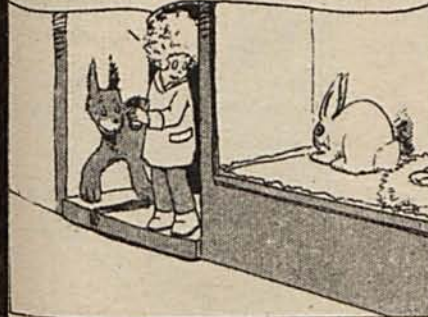
ESOS HUEVOS LOS PONEN LOS CONEJOS, DEBIAS COMPRAR UNO, ANITA.



DEME UNO DE ESOS HUEVOS DE COLORES QUE HAY EN EL ESCAPARATE



¡CÓMO NOS MIRA EL CONEJO, PELUCHO! CREERÁ QUE LE VAMOS A QUITAR TODOS LOS HUEVOS!



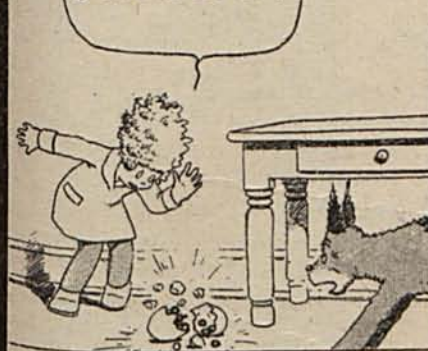
AHORA VERÁS CÓMO ESTE HUEVO ES POR DENTRO IGUAL QUE TODOS



FIJATE QUE LA CÁSCARA ES COMO LA DE LOS HUEVOS DE GALLINA, SOLO QUE EN VEZ DE SER BLANCA ES ENCARNADA



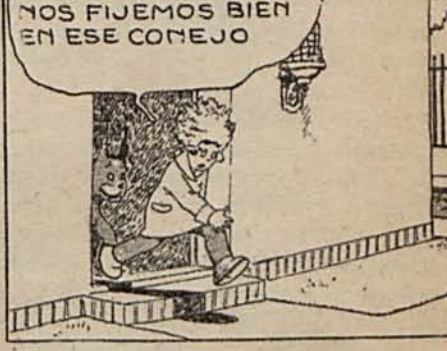
¿QUÉ ES ESTO?



OYE, PELUCHO ¡SI ESTÁ LLENO DE BOMBONES!



VENTE CONMIGO, PELUCHO, ES PRECISO QUE NOS FIJEMOS BIEN EN ESE CONEJO



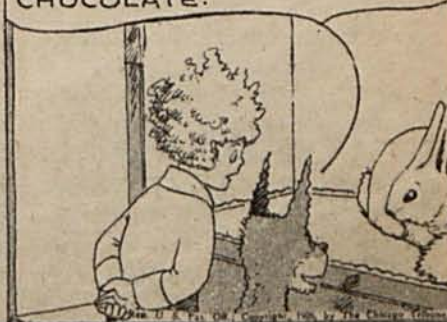
Y AHORRAREMOS DINERO PARA COMPRAR OTRO IGUAL



¿PERO TUTE EXPLICAS, PELUCHO, CÓMO SE LAS ARREGLARÁ ESTE CONEJO PARA PONER HUEVOS CON BOMBONES?



ESO ES FACIL DE COMPRENDER, MUJER, LE DARÁN DE COMER CHOCOLATE.





Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA

¡Qué bonitos son los cuentos de hadas!, ¿verdad? A mí, os aseguro que —poniendo

aparte, y por encima de todo, las *Aventuras de Pinocho y Chapete* y los cuentos que vienen en esta nuestra revista— son los que más me gustan. ¡Ocurren en ellos tantas cosas maravillosas!

Acordémonos, por ejemplo, de aquel caballo encantado de las *Mil y una noches* que se llevaba a su jinete por los aires, con sólo darle vueltas a cierta clavija que tenía junto a una oreja. Asimismo, en otros cuentos hay alfombras encantadas; se sienta uno encima de ellas, se pronuncia tal o cual sortilegio y, ¡pfft!, en marcha —mejor dicho, en vuelo— hacia las nubes. Siempre me lle-

recer en ellos el rostro de una persona ausente o para ver reproducirse acontecimientos transcurridos mucho tiempo antes?

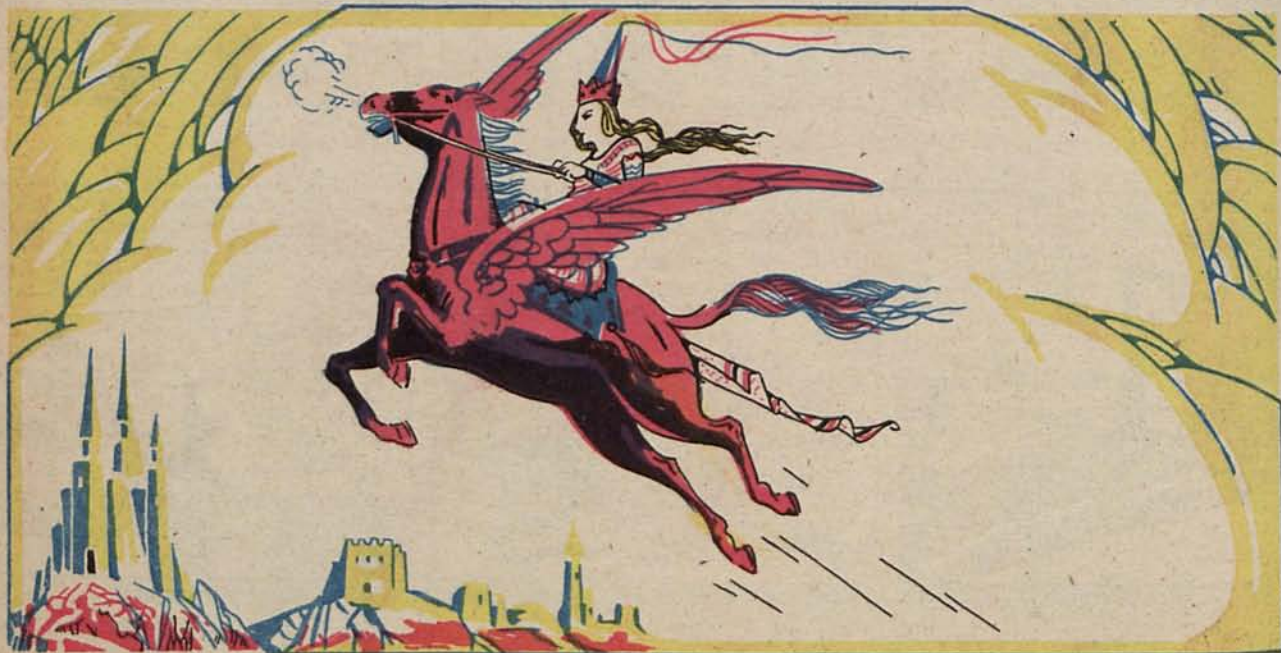
Al leer estos cuentos maravillosos, no podemos menos de pensar: «¿Será posible que haya habido un tiempo en que existían hadas y ocurrían tales prodigios? ¡Quién hubiera vivido entonces!»

¿Verdad que habéis pensado esto? Pues dejadme, amiguitos lectores, que me ría con toda mi alma. Porque ese tiempo no ha sido, no: es.

Sí, amigos míos; la única época en que suceden verdaderos prodigios de magia, es la nuestra. Ahora, que tales prodigios no son, en realidad, mágicos, sino completamente naturales, y el hada poderosa a quien se lo debemos es la Ciencia.

Fijáos: el caballo o el tapiz que nos lleva más alto que las nubes es... el aeroplano.

Desde cualquier habitación, podemos oír cuanto se diga, no ya en otra de la misma casa, sino en cualquier



nó de emoción aquel otro cuento —no recuerdo el nombre en este momento— en que una princesita, vestida de mendiga, llega a la puerta del palacio donde vive el príncipe, de quien la separaron las malas artes de una bruja envidiosa y cruel.

Y la princesita, a cambio de ciertos regalos —una carroza en miniatura, una casita que cabe en una avellana, etc., etc.—, logra que le dejen pasar una noche en cierto gabinete encantado, desde el cual se oye cuanto ocurre en todas las habitaciones del palacio. Y se entería así de que el príncipe no la olvidaba y suspiraba al pronunciar su nombre. ¿Os acordáis?

Tampoco deja de tener gracia la aventura de aquel hijo de leñador que entra en una casa desierta y oye por todas partes músicas lindísimas, sin que aparezca música alguno.

Y no hablemos de la comodidad que significaban aquellos talismanes que las hadas madrinas entregaban a sus ahijadas diciéndoles: «Dondequiera que estés, si soplas en este pito o te pones esta sortija, yo acudiré a tu llamada».

Pues ¿y aquellos espejos que bastaba con mirarlos para ver apa-

país del mundo, por lejos que esté..., gracias a la Radiotelefonía.

¿Músicas que suenan sin que nadie toque? En el gramófono las tenemos.

¿Qué falta nos hace de un talismán para llamar a quien sea? ¡En teniendo el teléfono!

Para ver el rostro de las personas ausentes, tenemos las fotografías, y para ver reproducirse fielmente acontecimientos que ocurrieron hace tiempo, el cinematógrafo. Y ¿qué decir de la maravilla que significa el to-

car un botón para que se ilumine una habitación; de coches que corren sin caballos; de máquinas que escriben, cosen o calculan; de aparatos que calientan sin fuego, etcétera..., etc...?

Ya véis que ningún cuento, por mucha imaginación que tuviera su autor, se acerca a las maravillas de la realidad en que vivimos.

¡Cuidado que tenemos motivos para estar en perpetuo contento y asombro admirativo! ¡Y pensar que, a veces, hay niños que lloran, se aburren o se ponen de mal humor!

Yo, es que no lo entiendo; ni vosotros tampoco, ¿verdad?

